

➤ ¡El látigo! Raza, revisionismo y nostalgia en la historia brasileña

Héctor Fernández L'Hoeste
Georgia State University, EE. UU.

Resumen: El texto analiza *Chibata! João Cândido e a revolta que abalou o Brasil* (2008), la novela gráfica de Hemeterio y Olinto Gadelha que documenta el levantamiento de marinos afrobrasileños a comienzos del siglo xx. Pese a que la obra pretende un recuento de los hechos y la documentación de una injusticia, personificada en la suerte del protagonista de la novela, el texto, en realidad, funge de cómplice del oficialismo cultural brasileño, tan dispuesto a valerse del pasado para eximirse de responsabilidades en el presente. Dentro de este contexto, esta novela gráfica es un acertado ejemplo de producción cultural que, pretendiendo avanzar una agenda de intereses raciales latinoamericanos, en efecto, inhibe su correspondiente problematización.

Palabras clave: João Cândido; Historietas; Raza; Historia; Brasil; siglo XIX y XX.

Summary: The text discusses *Chibata! João Cândido e a revolta que abalou o Brasil* (2008), the graphic novel by Hemeterio and Olinto Gadelha, which documents the uprising of Afro-Brazilian sailors in the early twentieth century. Though the text posits an account of events and the documenting of injustice, mainly personified in the ill treatment awarded to the narrative's main character, in reality, the novel serves as accomplice of the national cultural establishment, so eager to make use of the past to redeem itself from responsibilities in the present. Within this context, this graphic novel is a key example of cultural production that, pretending to advance an agenda of Latin American racial interests, in fact inhibits its corresponding problematization.

Keywords: João Cândido; Comics; Race; History; Brazil; 20th-21st Centuries.

Pese a que la esclavitud fuera abolida en Brasil en 1888 —en fecha posterior a la de buena parte de las restantes naciones latinoamericanas—, la mentalidad esclavista persistió en algunas instituciones de su sociedad hasta bien entrado el siguiente siglo; en particular, en entidades como la armada o marina de guerra. En noviembre de 1910, en un episodio generador de gran angustia para la población de Río de Janeiro, conscriptos afrobrasileños liderados por un marinero llamado João Cândido Felisberto (1880-1969) tomaron el acorazado *Minas Geraes*, orgullo de la armada brasileña, con el objetivo de exigir la finalización del castigo físico en las huestes de la institución y procurar mejores condiciones de vida para sus enlistados, mayoritariamente de extracción africana o mulata. El uso extendido del látigo sirvió de motivación a estos amotinados, quienes mantuvieron en jaque al gobierno brasileño por algunos días. El método prolongaba un trato propio de la era esclavista e iba en detrimento de la moral entre los reclutas. A raíz del amotinamiento,

Brasil vio el colapso de su armada en pocos meses, pues el desenlace del evento motivó la desvinculación y persecución de los insubordinados, con lo que una sustancial inversión en materia de recursos y entrenamiento se desvaneció. El incidente ha sido incorporado a la historia oficial como un evento vergonzoso, ratificando los avances de la sociedad brasileña desde aquellos días.

En 2008, con el afán de celebrar el aniversario de la revuelta, los hermanos Hemeterio y Olinto Gadelha —arquitecto y catedrático, de manera respectiva— publicaron una novela gráfica acerca del incidente (Gadelha/Gadelah 2008). Descrita como una “ficción de época” por sus autores, la historia emplea personajes reales, mas se toma algunas libertades (Ribas/Gadelha/Gadelha 2008). Proporciona un recuento nostálgico, reconociendo la azarosa vida de João Cândido y los muchos agravios que hubieron de acontecer antes de que el mismo fuera reivindicado por la historia oficial, validando aún más el mito de una democracia racial brasileña. Como ejercicio de memoria, *Chibata!*, el texto de los Gadelha, se remite más al ámbito de una cultura interesada en reformular el pasado que a su conciencia de la imperante necesidad de cambio en un presente o futuro próximo. En este sentido, propongo que semejante labor ilustrada ofrece el recuento de una narrativa mohína —tal vez fincada en la saudade—, que poco contribuye a una visión crítica de las presentes condiciones de vida de la mayoría de los afrobrasileños y más interesada en el acrecentamiento de una sensación de armonía étnica en la población general. En pocas palabras, al texto le hace falta nervio crítico. Para resumir, un volumen ideado como testimonio de injusticia puede ser interpretado como instrumento de cooptación de un buen porcentaje de la población brasileña, la cual comparte una visión indulgente de las vivencias del marino sin adentrarse a investigar su caso como síntoma de la presente desigualdad estructural del país, y no tan solo de una institución militar. De esta forma, lo que en un principio hace alarde de temperamento crítico termina sirviendo de auxiliar a una lectura más benévola del estado de las cosas en la sociedad brasileña. Teniendo en cuenta el contexto, esta novela gráfica es un acertado ejemplo del tipo de producción cultural que, pretendiendo avanzar una agenda de intereses raciales latinoamericanos, en efecto inhibe su correspondiente problematización. En síntesis, hace exactamente lo opuesto a cuanto se supone que cumple.

La revuelta: recuento de una historia oficial

Hacia comienzos del siglo xx, con el afán de renovar su flota, Brasil contrató la compra de dos acorazados nuevos a Gran Bretaña, potencia marítima de la época.¹ Dichas naves, posteriormente conocidas como el *Minas Gerais* (primero bautizada *Minas Geraes*; el cambio en la grafía emana de modificaciones a la lengua de Camões a comienzos del siglo pasado) y el *São Paulo*, habrían de contar con tecnología de punta y marcarían un hito en la historia del armamentismo sudamericano. De hecho, se especula que la compra de ambas embarcaciones estuvo motivada por e incentivó el desarrollo del armamentismo entre Brasil, Argentina y Chile (Love 2013: 16-20). Lo cierto es que, para efectos de entrenamiento y manejo consecuente de las naves, un contingente de la armada brasileña hubo

¹ Con el fin de remitir a bibliografía reciente de índole académica, parte de cuanto esbozo se fundamenta en *The Revolt of the Whip* de Joseph L. Love (2013).

de desplazarse a Gran Bretaña con el fin de tomar posesión de sus respectivas embarcaciones y navegarlas a puertos sudamericanos. Entre muchas otras ramificaciones, dicho desplazamiento condujo al acercamiento entre lusoparlantes y sus pares anglosajones. A raíz de este acercamiento, los brasileños hubieron de caer en la cuenta del superior trato conferido a los británicos, con un sueldo garantizado, alimentación adecuada y la imposibilidad del castigo físico, por lo menos de una forma similar a la brutal versión amparada por el estamento militar de la nación sudamericana.² La conciencia de una diferencia tan patente en el trato de subordinados avivó las llamas de descontento entre los brasileños, en su mayoría de ascendencia africana, y les condujo a planear un levantamiento propiciador de mejores condiciones de trabajo.

Al viajar por aquellas latitudes y alternar con extranjeros, los marineros brasileiros hubieron de conocer detalles sobre la revuelta del acorazado *Potemkin* en Rusia, evento premonitorio de la Revolución Soviética de 1919, acontecido el 27 de junio de 1906 cerca del puerto de Odessa. De hecho, dos de los líderes del posterior levantamiento en Río de Janeiro habían servido en naves brasileñas que transitaron por el norte de Europa en 1906, cuando el incidente del *Potemkin* era la comidilla entre marineros (Love 2013: 69-71). Las similitudes entre el maltrato de los rusos y sus pares brasileños —los rusos se habían rehusado a comer platos preparados con carne podrida, por lo que habrían sido amenazados con fusilamiento—, si bien no incluían los rezagos de esclavismo experimentados por estos últimos, de seguro hubieron de convencer a los sudamericanos acerca del potencial de una toma de embarcaciones como elemento de negociación para lograr mejores condiciones de trabajo. Por consiguiente, es importante contemplar el carácter contribuyente al afán de rebelión en la armada brasileña del desplazamiento resultante de la adquisición de navíos en Gran Bretaña. Si los brasileños no hubieran tenido conciencia de un punto de comparación tan irrefutable, de seguro las cosas no se hubieran dado de manera tan aligerada.

Para colmo de males, al transportar al presidente electo brasileño, el mariscal Hermes da Fonseca, durante una visita oficial a Lisboa en octubre de 1910, la tripulación del *São Paulo* presenció el derrocamiento de la realeza lusitana, levantamiento que arrancó entre las filas de la armada de la madre patria (Love 2013: 24-27). Así, los marinos hubieron de ver el potencial de una fuerza beligerante dentro de un espacio intranacional, más allá de sus implicaciones en conflictos internacionales, y en particular, concebir la importancia del relieve de la armada entre todas las ramas militares. Teniendo en cuenta esta información y el malestar engendrado por la persistencia del castigo corporal, sería casi inevitable afirmar que dichas naves estaban signadas por el destino para cumplir un papel importante en el marco de las relaciones de raza de la sociedad brasileña.

Hacia fines de 1910, las dos flamantes nuevas embarcaciones arribaron a aguas cariocas justo a tiempo para presenciar la toma de posesión de Fonseca el día 15 de noviembre. De manera irónica, la fecha representa el aniversario del derrocamiento de la realeza portuguesa, de forma que un levantamiento en tal día habría gozado de un fuerte peso simbólico. Durante el evento, buena parte de la tripulación de los navíos fondeados en la bahía participó en actos protocolarios, razón por la cual el levantamiento planeado

² Pese a la prohibición del látigo en sus filas desde 1881, Gran Bretaña permitió el castigo físico hasta la segunda década del siglo xx (Love 2013: 88-89).

entre marineros se pospuso, sugieren algunos.³ La manzana de la discordia —a nivel simbólico— la hubo de representar un posterior incidente: al día siguiente, el marino Marcelino Rodrigues Menezes fue condenado a 250 latigazos a raíz de un incidente con un oficial. Supuestamente, Rodrigues Menezes habría herido a un cabo con una navaja (Gadelha 2008: 221). A los pocos días, el 22 de noviembre, cerca de la medianoche, João Cândido dio inicio a la revuelta, asumiendo el mando del *Minas Geraes*. Además del *São Paulo*, también se adhirieron a la revuelta el acorazado *Deodoro*, una nave costera de mayor antigüedad, y el crucero *Bahia*. Pese a encontrarse cerca, el crucero *República* no se sumó, aunque buena parte de su gente pasó a formar parte de la tripulación del *São Paulo*. En total, 2.379 de los marinos estacionados en Río (casi la mitad de los enlistados) participaron en la revuelta (Da Cunha 1953: 42). Al día siguiente, los sublevados enviaron una carta al presidente reclamando mejores condiciones de trabajo en la armada: mejor sueldo, mejor alimentación y la pronta eliminación del castigo físico. Tres días después, tras toda suerte de deliberaciones y con el apoyo del congreso, el gobierno de Fonseca aceptó las condiciones de los amotinados. El castigo corporal fue abolido y se les concedió una amnistía general a los rebeldes. Acto seguido, luego de arriar su bandera roja, señal de rebeldía —como en el *Potemkin*—, los marinos devolvieron sus respectivas naves a sus oficiales.

Durante el motín, algunas naves de la armada enfilaron sus cañones hacia vecindades cariocas, amenazando con cobrarle cuentas a la dirigencia nacional. A los pocos días, la población del puerto comenzó a identificarse de manera tangencial con los revoltosos. Entre la prensa, João Cândido fue pronto ensalzado como dirigente, dada su destreza al mando de la revuelta y de los navíos, asombrando a buena parte del estamento de la armada.⁴ Semejante admiración revela la pobre apreciación del potencial del afrobrasileño de la época. Como João Cândido, la mayoría de los marinos involucrados eran hijos de esclavos —de hecho, formaban parte de una primera generación nacida en libertad— y muchos habían sido obligados a enlistarse (Morél 1963: 52-59). Más allá de la eliminación del castigo corporal, el fin ulterior de la revuelta era una reformulación de la relación entre la armada, entidad representativa del Estado brasileño, y sus navegantes de linaje africano, con el objeto de conducir a su reconocimiento como ciudadanos libres provistos de derechos dentro de la misma institución, tal cual rezaba en el texto del manifiesto remitido al gobierno (Morél 1963: 54-55). Dicho levantamiento, más que una simple revuelta de carácter armado, indicaba el afán de los afrobrasileños por gozar del reconocimiento del Estado de manera equitativa, en igualdad de condiciones con sus pares de extracción europea.

La arremetida del Estado no se hizo esperar. A partir del día 28, la armada comenzó a expulsar marinos de sus filas, arguyendo la inconveniencia de los mismos para el adecuado desarrollo de la disciplina. El día 4 de diciembre, cuatro de los marinos involucrados en la revuelta fueron arrestados, alegando una supuesta propensión conspirativa. El 9 del mismo mes, en medio de un evento desligado al liderazgo de João Cândido, el batallón de fusileros de la base de Ilha das Cobras, sede del arsenal de la armada en Río, se sublevó. Para contrarrestar, la armada bombardeó las instalaciones de la isla a punta de cañonazos.

³ Para este efecto, véanse los comentarios de la entrevista a João Cândido en Morél (1963: 41).

⁴ Gilberto Freyre (1970: 402) cita un artículo del *Diário de Notícias* del 27 de noviembre de 1910 en el que se menciona al líder afrobrasileño.

El 10, el Congreso aprobó la declaración del estado de sitio. El mismo mes, más de 600 marinos amnistiados fueron aprehendidos en los alrededores de Río (Love 2013: 97). En total, 1.216 marinos fueron dados de baja y 1.068 de ellos fueron obligados a retornar a sus estados natales, ratificando su carácter indeseable cerca de la entonces capital brasileña y diezmando las huestes de la armada (Morgan 2001: 271). En cuestión de días, Brasil vio desvanecer sus sueños de potencia marítima.

Los hechos jamás fueron de naturaleza fortuita. La sentencia del marinero Rodrigues Menezes había sido la excusa perfecta, dado el carácter desmedido del castigo; por otro lado, se ponía en evidencia lo muy en boga que seguía la práctica del látigo entre las filas de la armada. Durante la revuelta, el comandante de la nave, almirante João Batista das Neves, y otros oficiales resultaron muertos. Según los Gadelha, el fallecimiento del almirante se habría dado a raíz de su empeñamiento en proteger a su hijo, quien también servía entre la tripulación del *Minas Geraes*. Hacia el 23 de noviembre, cuando los rebeldes enviaron el mensaje a la presidencia de la nación, dieron un plazo de doce horas para responder a sus demandas. Para ese entonces, la rebelión ya se había propagado a las otras naves fondeadas en el puerto. Por varios días, Río estuvo a punto de ser atacada, dada la demora en la respuesta del estamento militar ante las exigencias de los rebeldes en materia de abandono del castigo físico. La dirigencia de la armada incluso contempló planes de ataque a las naves insurrectas pero la superioridad de su dotación bélica le convenció de resolver la coyuntura por las buenas. Pese a la renuencia del secretario de la armada y otros oficiales a rendirse, el gobierno accedió, otorgando una amnistía a los confabuladores. La alegría duró poco, pues unos días más tarde, los marinos implicados fueron capturados y llevados a Ilha das Cobras, en donde sufrieron grandes tormentos.

A partir de este momento, se dan eventos que dejan muy mal parado al Estado brasileño. Por un lado, 29 hombres —incluyendo a João Cândido— fueron encerrados en una celda de máxima seguridad en las instalaciones del arsenal. La celda constaba de dos compartimientos, había sido labrada de tierra y, en su interior, la luz era exigua. Los Gadelha se ocupan de documentar bien lo mortificante del suplicio, haciendo acopio de detalles. Sin embargo, lo fijan en un pasado firme, en un tiempo duro, de manera bastante desligada al presente estado de la afrobrasileñidad. Lo peor del castigo fue quizás la continuada exposición a la cal, aunada al hacinamiento y al calor, que aceleró el deterioro físico de los prisioneros. Al evaporarse el agua del piso de la celda, la cal contaminó el aire de la misma, de manera que los prisioneros se asfixiaban al respirarla (Morél 2013: 181-182). Los llamados de auxilio de los cautivos fueron en vano, puesto que el comandante de la guarnición se había marchado a festejar la Navidad, llevándose la llave del calabozo consigo (Love 2013: 98). Uno a uno, los cautivos fueron falleciendo en medio de gran desesperación. Tras el fin de semana en el encierro, de los 29 hombres, solo quedaron cuatro. João Cândido y otro detenido fueron los únicos dos en sobrevivir en uno de los compartimientos, en el cual habían sido encerrados 16 marinos.⁵ Tras ser liberado del calabozo, João Cândido hubo de purgar 18 meses más de pena en medio de las peores condiciones, experiencia que habría de marcarlo de por vida. Traumatizado por la experiencia, ya a esas alturas sufría de delirios, rememorando el triste desenlace de sus compañeros de suplicio. Por un tiempo, fue remitido al Hospital Nacional de Alienados,

⁵ Los números exactos aún están en disputa. Me acojo a lo citado por Love en la página 98 de su libro, basándose en datos entregados por João Cândido a la *Gazeta de Notícias* en 1912.

el manicomio federal y primer hospital psiquiátrico de Brasil y de América Latina (hoy en día sede del Palacio Universitario de la Universidad Federal de Río de Janeiro en su campus de Praia Vermelha). Luego, al ser devuelto a prisión en Ilha das Cobras, permaneció incomunicado largo tiempo.

Por otro lado, se da la tragedia del navío *Satélite*, una embarcación en la que, en un ejemplo magistral de limpieza social, fueron recluidos más de 200 marinos junto a toda serie de indeseables (Love 2013: 100-103). Plantear una equivalencia con la “pacificación” de las favelas cariocas en tiempos actuales parece casi ineludible. Empero, el nexo brilla por su ausencia. El objeto del viaje era transportarlos hasta el Amazonas, en donde habrían de laborar a manera casi de esclavos en las caucheras. Según rezaba en el manifiesto del navío, iban a bordo —encerrados bajo cubierta— 105 hombres dados de baja por la armada, 202 vagabundos y 44 mujeres (presuntas trabajadoras sexuales). Sin embargo, al llegar a alta mar, excusándose en el descubrimiento de un supuesto levantamiento, un puñado de hombres, entre los cuales figuraban marinos relacionados con la muerte de oficiales durante la revuelta, fueron ejecutados de manera sumaria. Cinco recibieron disparos y sus cuerpos fueron lanzados al mar; un sexto saltó al océano estando maniatado. Tras llegar a su destino, un puerto sobre el río Madeira, tributario del Amazonas, 200 hombres fueron entregados para laborar en las líneas del telégrafo. Los restantes fueron cedidos a las caucheras, al igual que las mujeres, quienes habrían de servir de meretrices en los campamentos. Los del telégrafo hubieron de sufrir castigo físico, cuando no fueron ejecutados. Los de las caucheras laboraron bajo un calor abrasador, conviviendo con la malaria hasta fallecer. Las mujeres, dado su estado de salud, perecieron al poco tiempo. Resulta irónico que quienes tanto hicieron por combatir una política de castigo, supuestamente abolida en el ejército en 1874 y en la armada en 1910, hubieran de padecerla hasta el día de su muerte.

En el caso específico del líder João Cândido, quien había combatido en la revolución federalista en Río Grande do Sul —de donde provenía— a los 13 años, los recuerdos de la esclavitud se remontaban a sus correrías con su padre por el sur de Brasil, en donde comerciaba y arreaba ganado. Nativo de Encruzilhada do Sul, João Cândido se había alistado a los 14 años en el arsenal del ejército de guerra y a los 15 había pasado por la escuela naval en Porto Alegre, apadrinado por un benefactor de la familia, el almirante Alexandrino de Alencar (futuro secretario de la armada y antagonista natural de Hermes da Fonseca). Hacia la fecha de la revuelta, João Cândido era un hombre curtido en los desmanes de la vida militar. Como marino, había tenido oportunidad de viajar a Europa. Desde el inicio de la revuelta, su papel protagónico quedó claro (si bien se conjetura que otro marino, llamado Francisco Dias Martins, sería el principal autor intelectual del levantamiento). En algún momento alcanzó gran popularidad entre los sectores desfavorecidos del pueblo, quienes reconocían su infortunio en las demandas de los marinos. Luego, bajo la excusa de disconformidad entre los rebeldes, y gracias al decreto autorizando la dada de baja de marinos por fuera del marco legal, firmado por Da Fonseca hacia el 27 de junio, fecha previa a la de la ulterior eliminación del castigo físico, João Cândido fue expulsado de la armada. Posteriormente, habría de ser juzgado y absuelto por supuesta participación en el levantamiento de la isla de Cobras. A manera de represalia, hubo de ser internado repetidas veces en el manicomio federal. El resto de su existencia es evidencia de una vida desatendida por la mano clemente del gobierno, dedicándose a la pesca desde 1917. Su vida estuvo signada por la desgracia: a la pérdida de seres queridos se unieron

la continua escasez material, un quehacer azaroso en una bodega de pescadores junto a la plaza 15 de Noviembre y los embates de una enfermedad que le acompañó hasta la muerte. Sobrevivió en medio de la pobreza más íngrima hasta fallecer en Río de Janeiro, en 1969, a la edad de los 89 años. A la postre se dio a conocer que, hasta el día de su entierro, dados sus nexos con la Acción Integralista Brasileira y el Partido Comunista, el llamado “almirante negro” vivió bajo la observación y amenaza de las fuerzas del Estado, quienes lo tildaban de subversivo (Granato 2000).

João Cândido y la revuelta según los Gadelha

El recuento histórico de los Gadelha mantiene un orden fácil de seguir, dividido en nueve capítulos. El estilo de la ilustración, responsabilidad de Hemeterio Gadelha, hace buen uso de la técnica de enmascaramiento, tan favorecida por los japoneses. Según dicha técnica, se sacrifica la exactitud en la fisionomía humana con el fin de procurar mayor identificación por parte de los lectores; la realidad circundante, no obstante, tiende a ser diagramada con gran detalle. En este sentido, Gadelha cumple de manera cabal. De lejos, lo más realista del recuento es la escenografía. Los rostros de los personajes, en cambio, si bien no rayan en la iconografía, no son del todo realistas. En particular, los ojos agrandados, síntoma de mayor viveza en los personajes, y ciertas expresiones, propias de la esencialización de sentimientos, se remontan a la tradición de ilustradores como Maurício de Sousa, autor de *Mônica*, o incluso a la vivaracha estética de *Archie*, de Vic Bloom y Bob Montana, pese a que el empleo de sombreado en la obra, casi un claroscuro —para añadirle volumen y seriedad a la trama, oscilando entre iluminaciones y sombras—, les otorgue un matiz diferente. Esta estética desenvuelta no es accidental. Si bien forma parte del repertorio de la historieta brasileña —gracias a De Sousa—, en este caso, por tratarse de una ficción de índole histórica, llama la atención su presencia. La naturaleza afable del diseño de seguro es una concesión al afán de generar mayor empatía en el lector. Al fin y cabo, la meta de los Gadelha es despertar simpatía hacia João Cândido y, en cierta medida, la población de origen afro del coloso sudamericano, en una suerte de acto de contrición colectivo ante las injusticias del pasado.

El guión, en cambio, es otro asunto. Los nueve capítulos vienen seguidos de una cronología, a veces contradictoria de cuanto se ha representado en las ilustraciones. En la cronología se aclara que el marino Rodrigues Menezes atacó a un oficial con un arma cortopunzante. En la narrativa gráfica, en cambio, solo se habla de una falta de respeto. Este y otros detalles similares —el fin del libro, en el cual los autores se incluyen en la narrativa— son la clase de libertades a las que se refieren los Gadelha en la entrevista citada. Su estrategia parece ser una crítica del pasado casi inconexa con el presente, en la que los lectores se identifiquen con el viejo amotinado, para que en medio de un constante vaivén de la memoria, interpreten el recuento como una pérdida personal, y no nacional. La historia de la revuelta se liga de manera íntima a la figura de João Cândido, pero se omite su nexo con una sociedad parcializada; eludiendo, de hecho, la problematización de la diferencia racial. Si bien los Gadelha le hacen el juego al discurso benévolo de la era posLula, eximen a su narrativa por completo de una asociación con el presente orden de la nación, desatendido por un Estado autista. Según esta mirada, la pobreza generalizada entre la población afrobrasileña es casi circunstancial.

El primer capítulo, “El laberinto”, nos presenta a un João Cândido envejecido y senil, sumido en la desmemoria —o por lo menos en el delirio—, remontándose en sus recuerdos a la localidad británica de Elswick en el año 1910, fecha de la salida del *Minas Geraes* del astillero. El relato nos lleva al clásico *pub* británico, en donde comienza a materializarse la posibilidad de un levantamiento. Ante la llegada de un joven João Cândido y la consecuente celebración de una previsible liberación del sufrimiento, el hilo de la historia se diluye hasta revelar a los lectores su auténtico punto de origen: una celda en el hospicio de Praia Vermelha, en donde el viejo marino ha sido recluido. El edificio, sin embargo, no es presentado como un sitio sórdido, en mal estado, según se conoce de su pasado histórico, con celdas abarrotadas e incapaz de dar abasto. De hecho, a excepción de las barras de su celda, el sitio se asemeja más a un lugar de cuidado —en vez de encierro, que es lo que fue en el caso del amotinado—. Al marino, los días se le pasan entre desordenados recuerdos y el acucioso arte del bordado, producto de sus años en la armada (João Cândido formó parte de la generación que pasó de barcos de vela a propulsión motorizada). En la novela, sus bordados revelan la silueta de un acorazado acompañado de heráldica militar. João Cândido aparece confinado al orden laberíntico del hospicio, en donde el personal se ocupa de medicarlo con el fin de atenuar sus devaneos. Si bien la revuelta sirve de *flashback*, el hecho de comenzar la historia por su final y tildarla de laberíntica, nos sugiere el carácter circular de los hechos. Sin afán de recrudescer las cosas, lo problemático de la representación radica en cómo se trata el espacio, rehusándose a reconocer que la presencia del amotinado en el lugar sea fruto de la represión y haciéndola pasar por asunto de salud.

El siguiente capítulo, “El caudillo”, ofrece un origen para el temple del héroe, tan reacio al castigo físico, revelándonos la influencia de una paternidad severa sobre João Cândido. El relato parte de una anécdota infantil. Cuando el padre regresa del trabajo, se encuentra con la sorpresa de un hijo castigado en la escuela, pues ha robado el borrador de otro niño. Ante los ojos del padre, quien, furioso, golpea a Inácia, la madre, el niño Joãzinho es un malcriado y un ingrato, pues, a diferencia de ellos, ha nacido libre y obra sin contemplación alguna del privilegio que esto conlleva. Queda clara la importancia del relevo generacional y la forma como la libertad impactó la realidad del hogar afrobrasileño. En realidad, el niño no había robado nada. En cambio, se había ofrecido como víctima para proteger a su amigo Protásio, a quien un niño caucásico había intentado meter en problemas escondiendo el borrador en su pupitre y denunciando la desaparición del objeto como hurto. Lo que la anécdota aclara es el carácter noble y bienhechor del protagonista, circunstancia que marcará la pauta para el posterior desenlace. Al enfatizar el carácter desinteresado del niño, los autores contribuyen a su afianzamiento como víctima de la historia, restándole capacidad de respuesta. João Cândido no es representado como agente de su destino, por lo menos en cuanto compete a hechos posteriores a la revuelta, sino más bien como mártir, de manera paternalista y a la usanza del “buen salvaje” en la historia latinoamericana. Pese a haber liderado la mayor revuelta naval en la historia del Brasil, las cosas “le pasan”, como si toda desdicha estuviera desligada de un aparato estatal. En este sentido, se le resta capacidad de acción a la afrobrasileñidad, diagramando a uno de sus máximos líderes como un advenedizo.

La historia salta al año 1895, cuando João Cândido, adolescente, acompaña a su viejo padre en sus correrías por Río Grande do Sul. Cuando unos hombres se acercan a indagar si ha pasado por allí un fugitivo peligroso a quien buscan, el viejo ofrece a su hijo como

guía, pues ha demostrado tener muy buen conocimiento de los alrededores. Días después, el padre recibe la noticia de que, en reconocimiento de su talento y ayuda —nuevamente, se ignora el entendimiento del Estado como aparato represor, capaz de violencia—, el joven ha sido recomendado para enlistarse en las fuerzas armadas, dando inicio a una relación con instituciones que habrán de marcar su vida. Si bien este pasaje reconoce una realidad de la época, en la cual el clientelismo y las amistades valían más que el mérito personal, el relato desatiende el hecho de que los obstáculos no provenían en su totalidad de su humilde extracción social, sino de una estructura injusta en materia racial, en particular en un estado como Rio Grande do Sul, archiconocido por su fuerte ancestro europeo. En otras palabras, se desaprovecha la oportunidad de cuestionar las injusticias del contexto regional amparándose en la crítica a los desmanes del padre.

El final del capítulo nos muestra a João Cândido de joven marino, a punto de abordar el crucero *Andrada* para su primer viaje. En alta mar, un compañero del protagonista es condenado a 10 azotes por haber demorado la salida de la nave del puerto. João Cândido, en cambio, ha optado por ser enviado a confinamiento solitario. Esto, al parecer, es exacto. Existe evidencia de castigos al líder de los amotinados en confinamiento solitario, mas no se conoce nada que sugiera la posibilidad de latigazos. En el texto, cuando un compañero inquiriere acerca de la evasión del castigo físico, João Cândido revela una espalda marcada por cicatrices, fruto de la severidad paterna, afirmando que la armada no posee un líder lo suficientemente hombre como para crearlas. De esta manera se contextualiza la fuerte aversión al castigo corporal del protagonista y se examinan las consecuencias de una tradición esclavista brasileña, según la cual ciertos padres perpetuaban un ciclo de violencia y dolor, convirtiéndose en verdugos. No obstante, el ejecutante es el padre y no el sistema, por lo que se desliga a la sociedad en general de una responsabilidad compartida. El pasado esclavista se remite a un abuso en el espacio doméstico, sin correspondencia alguna con la experiencia de las *fazendas*.

El tercer episodio, llamado “Toque de combate”, oscila entre dos pasados: el año 1943, con el protagonista envejeciendo en el hospicio, y su pasado en la armada. Cuando una joven empleada del hospicio se disculpa por solo haberle conseguido una manzana de alimento, João Cândido le cuenta acerca de la deficiente calidad de la alimentación en la armada, en particular, cuando las raciones entre marinos y oficiales diferían en grado extremo. El marino envejecido habla de su viaje a Inglaterra, de su conocimiento del levantamiento del *Potemkin* y de su intento de arreglar las cosas por las buenas, una vez de vuelta en el Brasil, entrevistándose con Rui Barbosa, el candidato civilista a la presidencia. El capítulo culmina cuando, al saber del castigo al que ha sido condenado Rodrigues Menezes, decide dar inicio a la rebelión. El día 22 de noviembre de 1910, a las 22 horas, se escuchó el toque de combate. En este capítulo, los Gadelha aprovechan bien la figura del amotinado, confiriéndole una voz testimonial, sentando las bases de una confianza entre el relato y sus lectores, en una trayectoria en ascenso que habrá de concluir en tragedia, con el fin de incrementar la identificación con la desdicha del personaje. Lo que no se fomenta —cosa que sería fácil— es una indignación ante la naturaleza injusta de la realidad brasileña. El pasado aparece aséptico, desligado del presente, como si la desigualdad rampante, producto de la diferencia racial y social, fuera cosa de otra época.

El cuarto capítulo, titulado “Mar revuelto”, sugiere una versión de la revuelta, mostrando la llegada de dos tenientes al barco en el preciso comienzo. Las imágenes ilustran el conflicto entre marinos y oficiales y cómo se llegó al derramamiento de sangre.

También conjetura cómo el comandante del *Minas Geraes*, el almirante Batista Das Neves, permaneció ensimismado en planos y ejercicios de guerra, tardando en darse cuenta del motín. Al ser informado, su primera reacción fue solicitar a un oficial que buscara a su hijo para protegerle y luego salir a enfrentar a los marinos, esperando resolver el impase de manera rápida. Al llegar al puente de mando, sin embargo, hubo de darse cuenta de la seriedad de la situación. Tras ser golpeado, según el recuento, el viejo almirante interpeló a João Cândido, inquirendo acerca del motivo de la revuelta. Los dibujos reproducen el punto de vista del viejo, enalteciendo la estatura del marino afrobrasileño, quien supuestamente se había apoderado de la espada del comandante. Este João Cândido, enaltecido y seguro de sí mismo, contrasta mucho con el viejo achacoso del manicomio. Aparte de lo que habrá de seguir a manera de castigo, no se ofrece una relación causal para su deterioro. Jamás se evidencia un nexo entre el corpulento comandante de la revuelta, al servicio del Estado brasileño, y su eventual desenlace, falleciendo en el olvido y hostigado por el aparato estatal. A raíz del encuadramiento, con saltos frecuentes entre el pasado y el presente, es factible obviar dicha relación. Cuanto acontece habla del Estado como una entidad ajena a sus ciudadanos. Lo triste radica en que, en una narrativa que tanto salta en el tiempo, se evite una conexión tangible con el presente brasileño, particularmente en un texto histórico, supuestamente dispuesto a aprender del pasado

Según las ilustraciones, aquellos oficiales a quienes la tripulación más identificaba como verdugos fueron torturados por horas. Uno de los principales sindicados por la pésima calidad de la comida fue obligado a ingerir alimentación a manera de tortura. Otro, acusado de maltratar a los marinos, fue castigado por horas antes de fallecer. Los muertos y oficiales fueron llevados a cubierta, donde, al reconocer a su hijo entre los heridos, el almirante participó en el enfrentamiento que culminó con su muerte y la fuga de su hijo. Los Gadelha también narran cómo otro oficial, uno de los que arribaron al inicio de la revuelta, se las ingenió para trancar la sala de munición pesada y sabotear el acceso a la plaza de armas, para luego encerrarse en el puente de mando y casi poner en jaque la revuelta, exigiendo hablar con el líder. En ese instante, se dio el cañonazo que puso en alerta a Río y confirmó a los otros navíos que todo estaba en marcha. Los detalles de la revuelta hablan de un interés por fijar culpas, pero dentro de un contexto reducido. En la historia de los Gadelha, el Brasil del pasado aparece escindido del presente. La construcción del pasado como un tiempo histórico es hermética, sin ligazón alguna al presente estado de la afrobrasileñidad. Dentro de este marco, el protagonista aparece casi como un caso aislado dentro del contexto amplio de la población. Por ende, la posibilidad de aprender no se patentiza. En otras palabras, si la historia no sirve para aprender de ella, ¿de qué sirve?

En ese instante también, el recuento gráfico salta hacia un pasado más reciente, enfatizando el delirio del líder afrobrasileño. Al ser requerido por el personal del hospicio para salir a tomar sol, la enfermera a su cargo encuentra un cuaderno con garabatos, trazos que solo unos cuantos cuadros antes los lectores han percibido como detallados dibujos del acorazado. La enfermera, no está de más decirlo, tiene apariencia de buena, de forma que el hospicio no resulta tétrico. Los Gadelha alternan la imagen del viejo enclenque caminando hacia el sol y ayudado por auxiliares con el porte erguido de un marino que esgrime una espada, que no un bastón, en su puño. La técnica acentúa la disparidad entre la realidad y cuanto acontece en la mente maltrecha del viejo. Las páginas 112 y 113 proveen un contraste impactante. La una muestra al viejo llegando al patio del hospicio,

en donde se retuercen toda serie de desdichados —eso sí, dentro de la misma estética alocada, parecida al grafiti—. La otra muestra a un mancebo afrobrasileño, João Cândido en el momento de su liderazgo, de 30 años, fornido, saludando a sus compañeros de rebelión. La primera se supone que bosqueja la realidad; la segunda, los devaneos de una mente enferma y cansada. Aquí culmina el aprovechamiento de João Cândido como dueño de una mente frágil, en buena parte divorciada del impacto de la mano fuerte del Estado. De aquí en adelante, los Gadelha descubren a João Cândido, el testigo fiel. Si bien hasta ahora el pasado ha sido reconstruido de manera selectiva, de forma bastante ajena a una crítica institucional, ahora habrá de postularse otro enfoque con idéntico propósito. El hecho de que se contraste una supuesta realidad objetiva con el devaneo del anciano sustenta la noción de que, dentro de su confusión, la suerte del viejo es producto de sus delirios y de su incapacidad de adaptarse al orden social carioca, delineándosele casi como megalomaniaco.

El quinto capítulo, “Tierra firme”, dista de serla. El apartado representa un momento de transición en materia de mecanismos narrativos. Si bien no aparece aún la voz en *off*, aquí ya no habla el desmemoriado de los *flashbacks*. Arranca con la puesta en escena de una ópera —*Tannhäuser* de Wagner— en Tijuca, barrio de Río, durante una recepción en honor al hermano de Hermes da Fonseca, según Love. Para los Gadelha, se festejaba la toma de posesión del presidente. Con el retumbar del cañonazo del *Minas Geraes*, al parecer, buena parte de los vidrios del sitio estallaron en pedazos. El relato muestra luego a Da Fonseca en el Palácio do Catete, antigua residencia presidencial, recibiendo la nota de los revoltosos, amenazando con bombardear la ciudad. Haciendo alarde de brasileñidad, los Gadelha recurren al más carioca de los espacios, la confitería Colombo, para mostrar a Oswald de Andrade, autor del memorable “Manifiesto antropófago”, disertando acerca de los efectos de la revuelta. Yuxtaponen una conversación entre el presidente y João Carlos de Carvalho, máximo comandante de la armada, con la dramática llegada de los cadáveres de las víctimas del levantamiento; entre ellos, el del almirante Batista das Neves. Alternan hábilmente la negociación entre el equipo de gobierno y los rebeldes con los comentarios de De Andrade, quien presta su voz a una lectura más conciliadora. En voz del poeta, la revuelta comienza a gozar de la aceptación de la población, enteramente exenta de culpa del maltrato a los marinos.

El sexto capítulo, “El almirante”, inaugura un artilugio novedoso: nos presenta al periodista Edmar Morél, quien en 1944 se encargó de localizar a João Cândido con la intención de documentar su experiencia como líder de la revuelta, juzgando que, con los años, la armada ya no habría de prestar atención a sus investigaciones. El texto de Morél figura como lectura de cabecera para quien esté interesado en el tema. Con él, los capítulos comienzan a desarrollarse en función de visitas: la primera será al manicomio, la segunda a la Ilha das Cobras (en el capítulo siguiente), la tercera será a Marcelino Menezes, el marino cuyo castigo instigó la revuelta (capítulo ocho), y la última será una despedida al acorazado (capítulo noveno). Pues bien, los Gadelha acogen a Morél como personaje y documentan su visita al hospicio, en donde descubre a un João avejentado pero entusiasmado por narrar su versión de la historia. Ahora sí, de manera sorprendente, su memoria es de fiar. Según proponen, el personal del hospicio se habría comunicado con el periodista con la esperanza de ofrecerle al viejo una oportunidad de contar su historia a manera de terapia y sosiego. La novela retoma entonces el hilo de los hechos y, en voz de João Cândido, siendo entrevistado por Morél, narra cómo de manera disciplinada los

amotinados adelantaron su cometido: deshaciéndose del licor abordo, aprovisionándose de agua, percatándose de la posible amenaza de lanchas torpederas, trazando planes de defensa y ataque y, lo más importante de todo, redactando un texto de peticiones que pasó a la historia. Este accionar ratifica la transformación del marino afrobrasileño en un auténtico líder naval, es decir, ejerciendo las funciones de rango propias de un almirante, razón por la cual hubo de ser tildado de “el almirante negro”, convirtiéndose en el primer hombre de su raza en maniobrar un navío de tal eslora. De esta manera, el recuento se sustenta en viva voz de João Cândido narrada por Morél, es decir, el carácter fidedigno de una versión se fundamenta en la legitimación de la otra de manera ajena a un contexto orgánico.

El capítulo séptimo lleva el nombre del oprobio: “*Satélite*”. Comienza con la visita de Morél a la Ilha das Cobras, intentando comprender o visualizar la magnitud del martirio. A partir de esta visita y de la conversación entre Morél y su colega, la narrativa cubre el trágico desenlace: una amnistía que devino en farsa; una tripulación dispersada rápidamente a sus estados natales, imposibilitando una subsiguiente reunión de sus filas; la captura de los líderes excusándose en la posterior revuelta de la Ilha das Cobras; el encierro en la celda fétida, la asfixia con la cal y el decaimiento a un estado vergonzoso; y el ulterior enajenamiento de João Cândido, llevándole a un estado de delirio. En voz de Morél, se narra lo acontecido en el *Satélite*. Dicha revelación reviste al recuento de efectismo, pues afirma que, antes de zarpar, ciertos pasajeros ya habían sido designados para el sacrificio. A diferencia del recuento académico, más equilibrado, este cuadro tiene mucho de ajusticiamiento, pues narra la muerte de víctimas vendadas y maniatadas, incluyendo mujeres. Lo del *Satélite* es presentado como primicia, cual auténtica revelación —en otras palabras, como una excepción—, haciendo caso omiso de la injusticia mayúscula que encarna el vigente prejuicio racial y social del Brasil, el cual deviene a veces en circunstancias análogas a las del *Satélite*. Al fin y al cabo, los ecos de una “limpieza” generalizada en Río son patentes hoy en día. La llegada al Amazonas no es menos efectista, con prisioneros enjaulados y mujeres desnudas siendo subastadas, cual mercado romano. Basta pensar en imágenes como las de Sebastião Salgado en Serra Pelada para entender que Brasil no ha cambiado mucho, que esto no es un pasado caricaturesco, como se mepeinan en querer hacernos creer los Gadelha.

El octavo capítulo lleva el nombre de la libertad. En voz del marino Menezes, se describe el arduo y fallido proceso de reintegración social de João Cândido, quien ya sufría de ataques nerviosos y delirios. El hombre pasó por muchos trabajos: sirvió de timonero, de estibador, vendió pescado en la lonja, juntó dinero y se compró un bote para poder pescar, hizo todo tipo de oficios. En cada ocasión, la armada se hacía presente y João Cândido de nuevo quedaba cesante. Esto se sugiere de manera muy somera, como quien no quiere incurrir en la furia del otro. Para colmo, su vida pareció estar signada por la tragedia. Su primera esposa falleció a los pocos años; su segunda esposa y una hija se suicidaron incinerándose. Pasó su vida saliendo y entrando del calabozo o del hospicio, habitante preliminar de un futuro claustro universitario, todo por cortesía de una persecución institucional. Una entrevista periodística a comienzos de los cuarenta solo sirvió para que terminara de vuelta en el manicomio de Praia Vermelha. En síntesis, la novela resume cuanto aparece en el libro de Morél.

El capítulo final del libro, “Despedidas”, es el puntillazo final invitando a la saudade, a la melancolía de un viejo encerrado en un sanatorio. Así, queda clara la individualización

de la desdicha, exenta de esbirro. Deshace cuanto pudo haberse recuperado con la labor crítica del episodio previo, pues muestra a Morél recogiendo a João Cândido para llevarlo a ver el *Minas Geraes*, que, luego de haber sido retirado del servicio activo, zarpaba rumbo a Italia, para ser desguazado. Cual Hitchcock en un ejemplo de metalepsis, los Gadelha se incluyen en su obra haciendo las veces de marinos que llevan a João Cândido y Morél al *Minas Geraes*, un encuentro que obviamente jamás se dio de esa forma. Hemeterio muestra al pobre viejo besando el casco de la nave, apesadumbrado por un mejor tiempo en su vida. El navío simboliza de esa manera la oportunidad perdida, privada de retroalimentación inspirada en el presente. Cuando João Cândido deambula por Río y una rubia se cubre la nariz para evitar su olor, el incidente carece de vínculo con su estado actual. El incidente es la única sugerencia patente en el libro de que las circunstancias del pasado aún no han desaparecido en el presente. Por otro lado, el mal olor del viejo pudiera estar relacionado con su deficiente calidad de vida, desprovista de infraestructura para una higiene adecuada, y aun así, los Gadelha ignoran por completo la oportunidad de manifestar una crítica. Este, parece decirnos el texto, tan celebrado como una genuina revelación del nuevo quehacer historietístico nacional, no es el Brasil de ahora.

Coda

En los últimos años, con medidas como la implantación de cuotas en el medio universitario, Brasil se ha visto obligado a reconocer el carácter colectivo (y desmedido) de su injusticia racial. No son pocos quienes abjurán de este desarrollo. Las críticas vienen de múltiples lugares. Que imponer categorización racial no es la forma más efectiva de combatir el prejuicio. Que existe el riesgo de dividir la sociedad. Que la raza no existe, que fue inventada por el ser humano. Que se devalúa el mestizaje al concentrarse en blancos y negros. Que los de hoy no tienen la culpa del pasado. Que el Brasil es un mosaico y, lo que se quiere, una tentativa de genocidio amparado en la estadística. Que se intenta corregir una injusticia propiciando la discriminación de brasileños que no encajan en las categorías definidas como racialmente adecuadas. Todas estas cosas quizás sean ciertas, pero palidecen ante la inoperancia. Basta con abrir las páginas de *Divisões perigosas*, quizás la mayor andanada instruida en contra de la implantación de dichas cuotas, para caer en la cuenta del grado de negación que existe. A un país en auge, en el momento de mayor movilidad social en su historia, debería de darle vergüenza. A un par de historietistas, aún más.

Bibliografía

- Comandante da Cunha, H. Pereira (1953): “A revolta na esquadra brasileira em novembro e dezembro de 1910”. En: *Separata da Revista Marítima Brasileira* (octubre-noviembre diciembre). Rio de Janeiro: Imprensa Naval.
- De Sousa, Maurício (1970): *Mônica*. São Paulo. Editora Abril/Maurício de Sousa Produções Ltda.
- Ribas, Silvio (2008). [Entrevista a] “Hemeterio e Olindo Gadelha”. En: *Garagem Hermética Quadrinhos*, 10 de agosto, <<http://ghq.com.br/entrevista-hemeterio-e-olindo-gadelha/>> (12.08.2013).

- Fry, Peter *et al.* (2007): *Divisões perigosas: políticas raciais no Brasil contemporâneo*. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira.
- Freyre, Gilberto (1970): *Order and Progress: Brazil from Monarchy to Republic*. New York: Knopf.
- Gadelha, Hemeterio/Gadelha, Olinto (2008): *Chibata! João Candido e a revolta que abalou o Brasil*. São Paulo: Conrad Editora do Brasil.
- Granato, Fernando (2000): *O negro da chibata: o marinheiro que colocou a República na mira dos canhões*. Rio de Janeiro: Objetiva.
- Love, Joseph LeRoy (2013): *The Revolt of the Whip*. Stanford: Stanford University Press.
- Montana, Bob/Bloom, Vic/Frese, George (2010): *Archie. Archie Firsts*. Milwaukee: Dark Horse.
- Morgan, Zachary Ross (2001): *Legacy of the Lash: Blacks and Corporal Punishment in the Brazilian Navy, 1860-1910*. Providence: Brown University.
- Morél, Edmar (1963): *A revolta da chibata*. Rio de Janeiro: Editora Letras e Artes.